EL MERCURIO
SANTIAGO DE CHILE

FECHA 15 1226.

# Joven Pintura Española

Por Waldemar Sommer

*Van Gogh y sus amigos", Patricia Gadea, 1985.*

TREINTA y tres pinturas, de 33 jóvenes pintores de España, nos visitan. El Instituto Cultural de Las Condes, en su segundo piso, les ofrece un montaje excelente. ¿Cuál es la fisonomía y cuáles son los meritos de estos retoños inmediatos del llamado "destape" hispano? Desde un punto de vista formal, llaman la atención las dimensiones amplias de buen número de los cuadros expuestos y su exuberancia matérica. Esto último hace recordar el trabajo textural de la abstracción de mediados del siglo, labor que los más importantes pintores españoles contemporáneos han sabido administrar tan bien.

Respecto a orientación estética, refleja el conjunto visitante una voluntad innegable de puesta al día. En efecto, sus autores, cuyas edades fluctúan entre los 24 y los 41 años, recogen ciertos afanes que caracterizan internacionalmente nuestra década del 80. Así, de modo global, tienden a hallarse en plena búsqueda de una identidad nacional. Acá, en primer término, abunda todavía la verba neoexpresionista, en especial su vertiente itálica; en menor grado, la alemana. De todas maneras, cualquier compromiso de orden social o político aparece ausente en esta pintura. La divergencia con el decenio anterior surge, pues, harto notoria.

La transvanguardia deja ver su influencia. Quizá demasiado evidente, en el caso de Santiago Arranz —cabe destacar en su óleo el aire monumental del protagonista y los golpes de luz que delimitan su andar— y de Xavier Franquesa —con la robustez corroída de su "Atlante"—. Mayor empaque ibérico mora a través de la reciedumbre del empaste y del vigor de dibujo, en un bien pintado díptico de Miguel Galanda. Alfredo Alvarez Plagaro, en cambio, opta por la fragmentación de motivos que se ordenan, y por su condición de signos evocativos. También asume eco transvanguardista José Manuel Broto. Con su factura de reflexivo descuido comunica resonancia misteriosa a una escena de probable reminiscencia clásica. E indudable resulta la temática helena de Miguel Angel Campano. El tono de vaso griego que otorga a su tela patentiza el nomadismo estilístico de algunos artistas del 80 en todo el mundo.

Idéntica transhumancia se deja ver en Guillermo Paneque. Aquí, no obstante, Italia y el arte clásico han sido sustituidos por trazos gestuales, que funden informalismo y plástica japonesa, para sostener un figurativo y movedizo par de personajes. Bastante de los nuevos salvajes alemanes, aunque con una fuerza expresiva muy atemperada, revela Xosé Freixanes. Por su parte, de un germano en particular —Horst Antes— poseen artistas tan diferentes entre sí como Victor Mira —figuras de contorno y colorido firmes—, y Antón Patiño —con un protagonista más doliente que espectral—. Un modo de componer parecido al de Patiño entrega un autor que apunta a nortes muy distintos: Ferrán García Sevilla. Su fama resulta difícil de entender a través de la sola obra que lo representa en Santiago.

De ciertas dosis de surrealismo se apropian tres pintores, también ubicables dentro del neoexpresionismo. Está, entonces, Carlos Alcolea. Junto a sus colores brillantes y planos no faltan los rasgos irónicos, para tratar tanto al espacio, como a la mujer flotante. Los otros dos resultan Victoria Civera —dinámico remolino con un autorretrato salido de las márgenes del sueño— y Din Matamoro —formas bien reconocibles e intensamente ilustrativas—. Civera, asimismo, se emparenta con la factura y con la gama cromática de Broto y Campano.

Sin embargo, los neoexpresionistas más personales e interesantes de esta exposición viajera son Lamazares, Gadea y Lamas. El primero de ellos aporta, dentro del que nos parece más hermoso cuadro de la muestra, recobros formales del pop art, del arte povera, y elementos abstractos. Cartones, cáñamo, madera, constituyen los medios apropiados de un dibujo simple, que recurre al grafitti, y de un colorido exquisito —¡cómo vibra el rojo en medio de los ocres!—. Con

*"Mamá con niño", Juan Ugalde, 1985.*

tales ingredientes crea Antón Lamazares un rostro lapidario, arcano, una imagen funeraria de belleza melancólica, sugerente. Patricia Gadea y Menchu Lamas, mientras, aprovechan estímulos expresivos vertidos desde la historieta cómica para construir visiones aceradas y plenas de humor festivo. La segunda abstrae y humaniza, a la vez, objetos y formas que parecieran arrancados de la miniatura románica. Gadea, por su lado, se atreve a manejar directamente una cita plástica completa de Van Gogh. Su par de manchas personalizadas y traviesas logran otorgar a la conocida pintura una dimensión nueva. Su gracia y frescura emergen incuestionables.

Dentro de igual línea irónica y vinculados a la tira cómica se sitúan los desalinhados y fuertes personajes, el crotismo llameante, las distorsiones graciosas de Juan Ugalde. También, la gráfica y primaveral escena de José Maldonado, dotada de perspectiva múltiple, introducción de palabras y uso del chorreo de pigmento con fines estructurales. Recuerda este pintor, en alguna medida, a nuestro Bororo. Por el contrario, César Fernández Arias, un autor afín con

*"Omphalos IX", Miguel Angel Campano, 1984.*

los cinco nombres anteriores, luce una iconografía bastante obvia y burda.

Una dirección neoexpresionista abierta hacia el realismo exhiben Alfonso Cortázar —aunque provisto de acalorado humor, nos trae algo de Sorolla— y Lourdes Vicente —diciéndonos muchísimo menos, se acerca a Kiefer, el alemán ahora famoso—. Y si de realidad se trata, tenemos en Las Condes al hiperrealista Darío Urzay. Mediante un repertorio imaginativo de objetos y de situaciones consigue éste clima sugerente, cálido, para su acrílico sobre tabla. Más adentro del realismo convencional se encuentra Jesús María Lazkano y su lamido "nocturno". Entretanto, continúan la vieja tradición expresionista el paisaje crepuscular de Dis Berlín, el desnudo al aire libre, pero que tiende a ocultarse tras la gruesa pasta del color, de Alfonso Albacete; la excelentemente bien compuesta escena playera de Gustavo Adolfo Almarcha, donde la aspereza y grosor del pigmento plasman un contrapunto dinámico de figuras amontonadas. Un expresionismo que esconde sin rubor la forma reconocible es el de Xavier Grau —soltura de empaste, colorido eficaz— y, un poco menos, el de Juan Usle —dos planos de visión y palabras que traen evocaciones—.

En una posición decididamente no figurativa y adepta, en cierta mayor o menor medida, a la geometría están autoreamann, el más joven de los asistentes a Santiago de Chile. res muy diversos. El mejor de ellos resulta Alejandro Gor-Sus signos de sabor neolítico —muy próximos a nuestros jeroglíficos de Isla de Pascua— transforman la tela, con azules y blancos, en una suerte de pergamino rescatado, cuya planasuperficie no impide una atractiva profundidad espacial. Demasiado decorativo nos parece otro pintor de este grupo de la muestra, Patricio Cabrera. Felicidad Moreno, en tanto, desarrolla arcos rítmicos de coloración rebajada. José María Sicilia, en su composición de rectangulos y círculos, recurre a una labor matérica que se acerca a la de los abstractos de la década del 60. Y un último comentario, ¡como se echa de menos en esta joven pintura española la presencia de Miquel